

CLARA Y CECILIA

Carolina HERNAEZ GARCÍA

Estudiante de Grado en Trabajo Social de la UNED de Calatayud
Tercer Premio del XI Concurso Literario. Modalidad Relato Breve

Durante todo el día, en el pueblo de Santa Leandra, había hecho un calor más que insoportable. Esto era un claro indicio de la tromba de agua que caía en los patios de las casas. Marina y Pedro, observaban la lluvia desde la ventana del salón. No tenía pinta de que fuera a parar en breves. Sus amigos estaban en sus casas o de vacaciones en otro lugar y sus primos eran demasiado mayores para entretener a unos adolescentes. Pero pronto nuestros protagonistas, descubrirían algo misterioso que había estado delante de sus narices toda su vida.

Como iba diciendo, esa tarde de agosto no había gran cosa que hacer, y los mellizos estaban perdiendo el tiempo en la televisión, sin nada que les gustará ver. Internet apenas llegaba al pueblo y las esperanzas de ver algo entretenido en la televisión, se iban reduciendo a nada. Porque ver un documental educativo en la 2, no era una opción para ellos.

Marina, más que harta de no hacer nada, se puso de pie y fue directa al mueble-librería del salón, donde se guardaban las patatas fritas y las chucherías. Cogió las patatas fritas sabor jamón y cerró la puerta. En ese momento se dio cuenta de que había varios libros en el estante próximo a ese armario y decidió echarle una ojeada. Ella no era muy de libros, eso era más de Pedro. A ella le gustaba más jugar al fútbol y estaba metida en un equipo de la ciudad. Pensó que por abrir un libro y leer, no le iba a pasar nada.

Pedro, el cual se había quedado dormido, se despezó con un gran bostezo, indicando que había sido una gran siesta. Busco a su hermana con la mirada y la encontró de puntillas mirando el estante de los libros. Sabía que esos libros existían en la casa, pero nunca tuvo curiosidad sobre sus títulos. Procuraba llevarse los suyos propios y las aventuras de Sherlock Holmes ocupaban todo su tiempo ahora mismo. Aun así, se añadió a la búsqueda de su hermana.

Les sorprendió la cantidad de libros que había y de los más diversos y variados temas: biografías de famosos, un libro con dos relatos escritos por Agatha Christie, Puente de Lena Alonso..., pero uno de ellos captó la atención de Marina. El Romancero gitano de Federico García Lorca. Ese año habían estudiado en Lengua y Literatura la Generación del 98 y la Generación del 27, por lo que el apellido de Lorca y el título, no le sonaban desconocidos. Se lo enseñó a Pedro y tras echarle una rápida ojeada, decidió que pasaría la tarde leyendo el libro. Se sentó en el viejo sillón marrón y encendió la pequeña lámpara dorada. Su madre se hubiera asustado al verla leer un libro por elección propia.

Nada más abrir el libro, se encontró con unas palabras que rondarían su mente durante meses. En la primera página del libro leyó la estrofa: “De Cecilia. Para mi amor verdadero” y debajo su firma. La letra era una mezcla entre infantil y elegante. Una dedicatoria simple, pero su contenido escondía más de lo que decía. A Marina le pareció preciosa, e interrumpió la búsqueda de Pedro para enseñárselo. Una vez que Pedro tuvo el libro en sus manos, investigo el resto del libro en busca de pistas. De repente, un trozo de fina tela negra cayo del libro. Pedro se apresuró a cogerlo y lo observó minuciosamente. Buscó dentro del libro donde se había podido caer y encontró un pequeño hueco que el tiempo había hecho sobre las últimas hojas del libro. Fue en la contraportada donde hallaron el hueco de la tela y una fecha: el 20 de mayo de 1950. Era extraño. Había algo que no concordaba bien para ellos. Sabían que su bisabuela se llamaba Cecilia, la cual se había casado con su bisabuelo Antonio y habían tenido al que es su abuelo, Javier. Este último, había sido criado por su madre y su tía Clara, la maestra del pueblo. Hasta ahí, todo correcto. Pero la fecha les hizo arrugar la nariz. En alguna que otra ocasión, sus abuelos les habían contado que, durante la Guerra Civil y la posguerra, el pueblo había sufrido sus consecuencias. No importaba el bando, porque todas las familias del pueblo lloraron a sus muertos y esperaban no ser los siguientes. En el caso del bisabuelo Antonio, las amistades con las que antaño se iba de juerga por los pueblos de la zona, resultaron ser los mismos que cavaron su propia tumba. Pedro recordó como la cara del abuelo se tornaba triste y su voz melancólica. Nunca llegó a conocer a su padre, llevaría esa carga siempre, forjando así su carácter. Con esos datos, y sabiendo que su bisabuelo murió una madrugada del mes de diciembre de 1949. ¿Para quién era el libro y la dedicatoria?

En ese preciso instante, su abuelo se levantó de la siesta y se dirigió al salón para ver la televisión y estar con sus nietos. Se había despertado de muy buen humor, pero en cuanto vio lo que Marina y Pedro tenían entre manos, su cara se tornó roja y grito, con toda la fuerza de su cuerpo recién levantado, que qué hacían con eso y de donde lo habían sacado. Prácticamente, les arrancó el libro de sus manos de malas maneras y unos ojipláticos mellizos balbuceaban palabras, asustados de ver a su abuelo así, sin saber cómo reaccionar. Marina, muerta de la vergüenza y frustrada, busco con la mirada a Pedro, el cual intentaba tranquilizar a su abuelo, y corrió hacia la puerta exterior de la casa. No había hecho nada malo, pero verle gritar así a alguien que quería tanto, sin dejarle dar una explicación, la bloqueo durante unos minutos. Había dejado de llover por lo que se sentó en un banco, situado en el límite entre el pueblo y los campos de cultivo. El banco estaba mojado, pero poco le importó para que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Odiaba ser tan emocional y admiraba la cabeza fría de su hermano para situaciones difíciles.

Pedro consiguió tranquilizar al abuelo con ayuda de su abuela Felisa. Le ayudo a preparar el café de la merienda y cogió unas chaquetas para él y su hermana. Una vez que salió a la calle, se llenó los pulmones de ese olor tan fresco y característico de la lluvia sobre el campo. No dudo de donde encontrar a su hermana, por lo que se dio un pequeño paseo hasta los campos de cultivo, y a mitad de camino se encontró con su hermana sentada en el banco. Le puso encima la chaqueta y se sentó a su lado, dejando que Marina sacará todas sus emociones esa tarde. Ese año, sus padres se

habían divorciado de mutuo acuerdo. Aunque resulto ser lo mejor para todos, Marina echaba en falta los recuerdos que habían hecho como familia durante su infancia y lo pagó con su madre, la cual se fue de casa y estaba rehaciendo su vida, intentando equilibrar su anterior vida con la nueva que estaba creando. Marina le agradeció a su hermano que le escuchara en esos momentos y bromearon sobre cuál era el mellizo malvado de los dos. Decidieron no volver a hablar más del libro para no enfadar a su abuelo, pero en el fondo, querían saber para quien iba dirigida esa dedicatoria.

Paso el mes de septiembre e inició octubre, el cual termino de manera distinta a como empezó. La abuela Felisa empezó a encontrarse mal a mediados del mes anterior. Al principio, se pensó que podía ser un resfriado propio del cambio de temperaturas, que al poco tiempo se curaría. Entró al hospital para hacerse unas pruebas en los pulmones, pero no volvió a salir. No estaba siendo el mejor año para Marina y Pedro, pero al menos tenían a gente a su alrededor que los quería. Marina volvió a hablar con su madre tras el verano. Le pregunto sobre Cecilia y cuando quiso contarle sobre el libro y la dedicatoria, el teléfono del trabajo interrumpió la charla. Por suerte, a la semana siguiente era Halloween y eso significaba que iban al pueblo para hacer una fiesta de disfraces en la peña. Además de ver películas de terror y comer hasta reventar, podrían jugar a fútbol o a lo que quisieran si el tiempo acompañaba. Estaría bien tener unos días de descanso y poder despedirse de la abuela en el mismo pueblo donde nació.

Cuando llegaron al pueblo, su gente salió a dar el pésame, además de ofrecer su ayuda y dar tupes de comida a la familia, mientras se lamentaban de la pérdida de la feliz Felisa.

A la mañana siguiente de la fiesta de Halloween, los mellizos se encontraban durmiendo a pierna suelta hasta que, sobresaltados, oyeron un objeto estrellarse. No sabían si era una ventana o una figura de porcelana. O mejor aún, ese horrible y feo jarrón que nadie sabe de donde salió y a nadie le gusta, pero nadie lo quita de en medio. Bajaron a ayudar, porque en ese momento solo estaban en la casa su abuelo, tía Alicia y ellos dos.

Cuando iban por las ultimas escaleras, escucharon una risa que provenía del salón y vieron a su tía Alicia riendo y con cara victoriosa. Estaba limpiando la casa y accidentalmente, o al menos eso dice ella, el jarrón estaba muy cerca del borde de la estantería. Pedro fue a coger la escoba y el recogedor, mientras Marina se dirigió a la cocina a preparar un desayuno con tostadas. Mientras Marina y Pedro desayunaban enfrente del televisor, viendo *El Príncipe de Bel Air*, la tía limpiaba el suelo, recogiendo todos los pedazos. Uno de ellos, se había caído debajo de la mesita del salón. Se sorprendió cuando encontró, al lado del trozo de jarrón, el *Romancero Gitano*. Parecía que alguien lo hubiera escondido allí a posta.

Cuando estaba a punto de recoger el libro en la estantería, Marina le pidió si pudiera dárselo para poder leerlo tranquilamente en casa y además con la excusa, le podía preguntar luego sobre la dedicatoria. Tía Alicia dijo que sí, sin ningún problema, con una amplia sonrisa, heredada de su madre, al igual que su abierta y cariñosa forma de ser. Tía Alicia se había cogido unos días de asuntos propios para cuidar a su padre y ayudarle con la casa tras la pérdida de Felisa.

Marina abrió el libro y le enseñó la dedicatoria a su tía, la cual era la primera vez que leía la dedicatoria. Su cara no reflejó ni una pizca de asombro, sino ternura. Se llevó la mano al pecho y se sentó en el sillón, mientras releía una y otra vez las palabras de Cecilia. Marina y Pedro se miraron asombrados y algo temerosos de hacer la pregunta sobre el destinatario de esas palabras.

Alicia les observó y se sorprendió de que no supieran la historia. Les prometió contarles la historia si la madre de los chicos le parecía el momento adecuado. Los mellizos asintieron y ayudaron a limpiar para que terminara cuando antes su tía y hablara con su madre.

Tras una larga llamada, donde la madre se mostró algo reticente, terminó accediendo, siempre y cuando el abuelo diera también su beneplácito. Marina y Pedro no podían estar más nerviosos. Por fin, iban a saber sobre el verdadero amor de Cecilia. Incluso llegaron a declinar la invitación de sus amigos a echar un partidillo rápido antes de comer, por si su tía Alicia se olvidaba de lo prometido. No querían perder la oportunidad de escuchar la historia. Su abuelo se negó, diciendo que eran cosas del pasado, que no tenían nada que ver con el presente. Su enfado le llevó a encerrarse en su habitación, mientras vociferaba que nadie le escuchaba o le hacía caso en esa casa.

A media tarde, Pedro encendió el fuego de la estufa para calentar el salón y se sentaron tía y sobrinos en la mesa del comedor. Alicia respiró profundamente y empezó a relatarles la historia familiar.

“Durante los años cuarenta, España se estaba recuperando de la tragedia que supuso la Guerra Civil, y Santa Leandra no era la excepción. Las familias con suerte pudieron enterrar a sus muertos, pero otras muchas quedaron con la duda de donde se encontraría su familiar. En ese momento, Cecilia se encontraba cosiendo los uniformes de soldados y guardias civiles, además de otros encargos que no paraban de llegar de otros pueblos. Cecilia provenía de una familia humilde de campesinos, los cuales no podían enviar a sus hijos a la escuela debido a la carga de trabajo. Los mayores al campo y los pequeños ayudaban a la madre. La costurera del pueblo era una mujer viuda, que no había tenido hijos, y que encontró en Cecilia una heredera de su oficio. Fue lo mejor que le pudo pasar a Cecilia, pues gracias a ello, aprendió lo básico en letras y números para su profesión. Durante la guerra, vio desaparecer a su hermano mayor y morir de hambre al pequeño. Cuando creció y cumplió los 16, se trasladó a casa de su jefa, mientras trabajaba y la cuidaba a cambio de un techo y comida.

Cuando Cecilia terminaba de remendar el uniforme del Sargento, lo llevaba a su casa. Así, de paso, visitaba a la que era en ese entonces su mejor amiga Clara. Cecilia y Clara eran las mejores amigas desde la infancia. Resultaba difícil verlas separadas. Con el paso del tiempo, las malas lenguas decían que entre ellas había algo más que una bonita amistad. Pero el padre de Clara, el sargento de la zona disipaba cualquier rumor a golpe de porra.

Era un secreto a voces el amor que sentían esas chicas, la una por la otra. La forma en que Clara miraba a Cecilia, sentadas juntas en los bancos de la Iglesia de Santa Leandra. Esas risitas con bromas que solo ellas entendían. Si el amor consiste saber lo que la otra persona dice sin mediar palabra, esas chicas sentían puro amor

verdadero. Pero no a todos les apetecía guardar ese secreto y el señor García era uno de ellos. Un buen día, empezó a molestar a las chicas, insultándolas y escupiéndolas cuando pasaban. Proclamando a los cuatro vientos que no era humano lo que hacían por las noches y condenándolas al infierno y al más absoluto menosprecio por parte del pueblo. Aunque no todo el pueblo se volvió contra ellas, esto afectó al trabajo de Cecilia, la cual se veía volviendo a casa de sus padres, debido a los bajos ingresos que generaba.

Clara siempre supo porque el señor García decidió ese día empezar a molestarlas. Intento hablar con él, pero García se negó en rotundo a escuchar las palabras de una mujer que encima era de ese tipo”

Marina y Pedro estaban dirigiendo toda la información que su tía les estaba contando. Que dos personas del mismo sexo se quisieran no era ningún problema para ellos, pero entendían que no todos pensarán igual. Laura, una amiga y compañera del equipo de Marina, había salido hace poco del armario. Marina recordaba como Laura evadía las preguntas sobre chicos, además de volverse cada vez más desconfiada y tener la autoestima por los suelos. Marina se preocupaba por ella y cuando Laura se lo confeso, la apoyo para contárselo a sus padres, los cuales Laura temía que le castigaran de por vida o la repudiaran como hija. Resulto que los padres no le dieron mayor importancia, puesto que lo intuían, pero no querían forzar a su hija a confesarlo. Desde ese momento, Laura volvió a ser la de siempre y jugaba tan bien como antes. Sintió lástima de su abuela y de su tía abuela, las cuales recibieron como único apoyo el silencio de la gente ante el padre de Clara.

A Pedro se le hacía conocido el apellido de García, pero no sabía por qué. Le lleno el vaso de agua a tía Alicia y la alentó para que prosiguiera con la historia.

“Clara amaba a Cecilia. Y Cecilia también, pero no quería perder su trabajo y el respeto de sus vecinos. Le importaba “el qué dirán” y temía las represalias que podían ocurrir si seguía viendo a Clara de esa manera. En medio de toda esa amargura, encontró la solución en casa de su amada. Antonio, el hermano de Clara y futuro sargento de la villa, solía mirarla descaradamente. Sabía de las intenciones de desposarla, más como un reto entre sus amigos que por amor. Los hombres del pueblo se apostaban quien sería la que se llevaría a la amiguita de Clara y la “llevaría por el buen camino”. Cecilia ideó un plan para callar las malas lenguas del pueblo: empezaría a salir con el hermano de Clara para poder estar más cerca de ella. De ese modo, podría ir cuantas veces quisiera a su casa y que Clara visitará a su hermano y a ella no sería raro. Clara no estaba muy de acuerdo con ese plan, al cual solo veía fallas, pero no podía negarle a Cecilia que de momento era un plan mejor que no hacer nada.

Antonio, era como su padre, de orden y mando. Pero en el fondo, era muchísimo más abierto que su predecesor y ayudo a más de uno durante la guerra, arriesgando su vida, lo cual más tarde le costaría muy caro. El hecho de salir con Cecilia, la mejor amiga de su hermana y la chica por la que sentía algo desde niños, hizo que Antonio no pudiera estallar más de felicidad. Se había llevado a la chica que consideraba más guapa del pueblo. Los rumores sobre ella y su hermana no frecuentaban en su círculo de amigos, donde te podías llevar una paliza por su parte, si alguien se metía con su familia.

Con el tiempo, Cecilia se fue enamorando de Antonio y eso Clara lo noto. Ya no pasaban tanto tiempo juntas y esa complicidad que tenían antes se fue perdiendo poco a poco. Clara se sintió muy triste y no había nada que consiguiera levantarle el ánimo. Se centro en sus estudios, pues uno de sus sueños era ser maestra en la escuela del pueblo. No quería marcharse para no dejar a Cecilia y su promesa de pasar más tiempo juntas; pero en cuanto anunciaron el compromiso entre Cecilia y Antonio, Clara vio claramente su futuro lejos del pueblo.

Cecilia, la cual había vuelto a tener su clientela habitual, incluso alguno más, se quedó helada cuando Clara anuncio su partida hacia la capital para obtener su título de maestra. Al principio se enfadó con ella por irse tan lejos, pero no le podía recriminar nada. Después de todo, ella estaba haciendo su vida con Antonio y comprendió lo difícil que estaba siendo para Clara llevar la situación. Que no pasaran el mismo tiempo que antes, no significaba que no la quisiera o se preocupara por ella, pero las cosas habían cambiado entre ellas y no podía forzar algo que no sabía ni explicar.

La noche de antes de su partida, Clara encontró un paquete envuelto encima de su cama. Atisbo el olor del perfume de Cecilia en él y lo abrió lo más rápido que pudo. Cuando vio lo que había en su interior, una corriente fría le invadió. Cecilia le había comprado el Romancero gitano de Federico García Lorca. Cecilia había recordado que era su autor preferido y admiro que se lo hubiera regalado, puesto que no era una lectura que se vendiera por allí cerca. Lo guardó como un tesoro y lo leía por las noches mientras estudiaba en la gran ciudad.

Pasaron los años y Clara solo volvió al pueblo para la boda de su hermano y Cecilia. Hizo acto de presencia y se volvió a su nuevo hogar. Poco se sabe de lo que Clara vivió esos años, pero ella los resume con cierta nostalgia y anécdotas curiosas.

Una mañana de diciembre, Clara recibió una llamada a el colegio mayor donde residía. La noticia la heló de pies a cabeza y emprendería el camino de vuelta a Santa Leandra. Entre lágrimas, su madre le dijo que su hermano había sido encontrado muerto en la orilla de la carretera del pueblo. El disparo, que se había escuchado esa noche en todo el pueblo, había dado en la diana. Con el tiempo, se supo que la causa fue un ajuste de cuentas, en el que Antonio salió mal parado.

Cuando Clara lleo a casa de sus padres, se dirigió al dormitorio donde se estaba celebrando el velatorio. Ver a su hermano así, le partió por dentro. No eran los mejores hermanos del mundo, pero sentían mucho respeto el uno por el otro y en el fondo se tenían cariño. Sacó su pañuelo y lo lleno de toda la tristeza que le salía de su cuerpo, mientras abrazaba a su madre. Minutos después, se sentó al lado de una viuda Cecilia y le tendió la mano. Cecilia la tomo y la apretó fuertemente, mientras se apoyaba en el hombro de Clara y volvía a llorar.

El silencio fue interrumpido por el llanto de un bebé. Clara pensó que sería de alguna de las mujeres que estaban velando el cuerpo y no le dio más importancia, hasta que se dio cuenta de que Cecilia ya no estaba en la habitación. Busco a la chica por el piso y lo que encontró, le hizo volver a enamorarse de Cecilia como antaño. Antonio se había ausentado del pueblo unos días, pero en cuanto se enteró de que su mujer se había puesto de parto, volvió a Santa Leandra. Por desgracia, no llegó a verlo nunca. Cecilia estaba sentada en una silla mientras amamantaba a su hijo. Clara reconoció los ojos de su hermano en esa diminuta persona. Cuando termino de darle de mamar, invitó a Clara a cogerlo en brazos.

Clara sintió como si el tiempo se parara cuando lo tuvo entre sus brazos. Sintió que ese pequeñín era la cosa más preciosa que había visto en mucho tiempo y le besó la frente. Se lo devolvió a Cecilia para que lo volviera a acostar en la cuna y se quedaron observándole hasta que se durmió, mientras que las manos de las chicas se quedaron entrelazadas.

Tras el entierro en el cementerio, Clara partió a la capital, pero con la promesa de volver para ayudar a su cuñada. Cecilia sintió miedo de que no volviera nunca más y perderla una segunda vez. Clara, para tranquilizarla, le devolvió el libro de Lorca y le dijo que se lo leyera, que dentro del libro estaba la fecha en que se volverían a encontrar.

Llegó la tan esperada fecha de mayo y Cecilia no podía concentrarse en el trabajo. Había leído varias veces el libro e incluso utilizó como marcapáginas un trozo de tela negra que le sobraba. Era mediodía, pero Clara no aparecía por su tienda y Cecilia empezaba a sentirse estúpida por esperarla.

Hacia media tarde se dirigió a casa de sus suegros para que pudieran estar un rato con el bebé. En cuanto Clara vio la figura de Cecilia por la ventana de su habitación, bajo corriendo a abrirla la puerta. Pero su madre ya se encontraba en el recibidor y tuvo que aparentar serenidad, aunque por dentro se moría de ganas por abrazar a Cecilia. Tras una cordial conversación en la salita del café, Clara invitó a su amiga a un paseo por el pueblo, para que le enseñara los cambios que habían ocurrido mientras no estaba allí y ponerse al día.

Clara y Cecilia pasearon por el pueblo como habían hecho infinidad de veces años atrás. La temperatura era perfecta esa tarde y mientras hablaban, llegaron hasta los campos propiedad de los padres de Clara. Entraron a una pequeña casita deshabitada, la cual fue construida en el centro de esos campos para los jornaleros y decidieron descansar allí un rato. Clara sintió que Cecilia le estaba mirando, y que pedía a gritos con los ojos lo que no podía expresar con palabras. Se fundieron en un abrazo, haciendo que el tiempo no pasara en esa habitación y acortaron el espacio con un beso. Cecilia no se apartó y la siguió abrazando hasta altas horas de la noche.

Desde ese día, Clara se trasladó a la casa de su cuñada para vivir con ella y su hijo, además de ayudarlo con la crianza del primogénito. De este modo, Clara y Cecilia pudieron vivir juntas con su hijo, sin que nadie en el pueblo pudiera echarlas de su casa.

Cecilia le devolvió el libro a Clara, en el cual escribió: De Cecilia. Para mi amor verdadero. Así, si alguien encontraba el libro, nadie sabría de quien era.

Cuando el señor García, el cual odiaba a esas mujeres con toda su alma, se enteró de que Vivían juntas, puso el grito en el cielo e intentó menospreciarlas como años atrás pero no consiguió el mismo efecto en la gente del pueblo y se encerró en su trabajo y en las partidas de guiñote en el bar del pueblo.”

Cuando Pedro escucho la palabra guiñote recordó porque el apellido García se le hacía conocido. Su abuela, Felisa García, había ganado varios premios jugando al guiñote, el cual decía que era gracias a su padre que le había enseñado cuando era pequeña.

Después de cenar, los mellizos estaban muy cansados y decidieron echarse a dormir. Otro día preguntarían a su abuelo como conoció a su abuela y porque no quería deshacerse del oxidado coche azul aparcado en el garaje.